

P.—¿Por qué los legisladores hubieran podido legítimamente no conceder el derecho de trasmisión?

R.—Porque en buena lógica, no podría el hombre después de su muerte tener una voluntad que sobrevivía á su propia vida.

P.—¿Qué debería ser pues de la propiedad de que ha gozado durante su vida?

R.—Debería volver al dominio público de la sociedad.

P.—¿Por qué los legisladores han decidido lo contrario?

R.—Porque han creído que el interés general exige que se transmitiese la propiedad de los bienes del que ha muerto, á su posteridad.

P.—¿Esta trasmisión debe tener siempre lugar?

R.—Sí, hasta que el interés general exija que sea de otro modo.

P.—¿No valdria mas que los bienes fuesen comunes á todos los habitantes de la tierra?

R.—Nó, porque la comunidad daría por resultado mantener al hombre en la dependencia de sus asociados, haciéndole estacionario; mientras que la idea de propiedad es un estímulo que obra sin cesar sobre los hombres y les inspira el amor á la libertad tanto como el amor al trabajo.

P.—¿Cómo pues debe considerarse la propiedad?

R.—Como una institucion de derecho natural.

Imperecedera,

Incontestable,

Sagrada,

En cuanto que toma su origen del trabajo.

Anterior á la sociedad;

Y por lo mismo, superior á la ley.

LA FRATERNIDAD.

La sociedad está obligada á proveer á la subsistencia de todos sus miembros, ya procurándoles trabajo, ya asegurando los medios de existir á los que no están en estado de trabajar.

Los socorros indispensables al que le falta lo necesario, son una deuda del que posee lo superfluo. A la ley toca determinar la manera con que debe pagarse esta deuda.

(Declaracion de los derechos, artículos 10 y 11).

Si no existiera mas que un solo hombre sobre la tierra, ninguno de los males del órden moral que la ley tiende á prevenir, ninguno de los desórdenes que se esfuerza en remediar, turbarian la armonía de

la obra de la naturaleza. Estos desórdenes y estos males no son en realidad mas que una violacion del deber, ó si se quiere mejor, la violacion de los lazos naturales que deben existir entre los hombres. Que todos los hombres se unan pues tan perfectamente que no formen, por decirlo así, mas que un solo ser moral, un solo hombre, y el mal desaparecerá del mundo. Ahora bien, ¿cuál es el lazo de esta union perfecta, cuya consecuencia seria la destruccion del mal y que por lo mismo es el objeto á que tiende la humanidad? ¿Quién puede verificarla, sino es el amor, fuente eterna del bien, cuyo sentimiento se ha complacido la naturaleza misma en grabar en el fondo de nuestros corazones? Así, segun la palabra evangélica, amar es cumplir la ley, y este precepto por sí solo, reúne todos los demas.

¡Qué nombre mas dulce que el de hermanos! Él espresa en sí mismo algo de indecible que hace que todos juntos no sean muchos, sino uno solo; que de innumerables vidas no se forme mas que una vida, y que séres para siempre distintos, entrelazándose por sus raíces en las profundidades del infinito, se toquen por todos los puntos en el seno de esa inmensa unidad.

Hace diez y ocho siglos que habia sobre la tierra naciones, pueblos, razas: habia individuos separados por los intereses, concentrados en sí por el egoismo: habia señores y esclavos, clases dominadores y una plebe envilecida; pero con excepcion de algunos filósofos

como Ciceron, Séneca y otros, nadie representaba al género humano como una gran familia. Por todas partes reinaba el principio del mal, el principio que divide: *cada uno en su casa, cada uno para sí*, tal era la fatal máxima, la ley inferral que arreglaba en práctica las costumbres del pueblo y la política de los gobiernos. La palabra de Cristo, al promulgar, en oposicion con esta execrable ley de mantaza, la ley de fraternidad y de vida, fué pues verdaderamente la buena nueva, el Evangelio, que anunciaba la salud del mundo. ¡Con qué fuerza resonó esa poderosa y suave palabra en el fondo de la conciencia humana! ¡Qué resorte y que energía le volvió repentinamente! ¡Los pobres, los débiles, los oprimidos, el pueblo en fin, siempre mas accesible que sus amos á la verdad y al bien, fué el primero en comprender. . . .

Pero bien pronto el mismo cristianismo se hizo pagano: las pasiones se reunieron para violar la ley tres veces santa proclamada por el maestro; el egoismo que combate se rehace contra ella. la oscureció por medio del sofisma, la corrompió y llegó hasta á desnaturizarla, sirviéndose del nombre de su autor; pero las blasfemias de los fariseos del catolicismo se desvanecen todos los dias ante el progreso de la razon, y los tiempos no están lejos, en nuestro sentir, en que el género humano se organice definitivamente segun el principio vital, y de hoy mas incontestable de la fraternidad universal.

Esta fué por un admirable instinto, proclamada al

frente de las leyes, en la época de la gran revolución de 1789, cuando la verdadera sociedad, hundida bajo las ruinas de las ideas y de las costumbres del feudalismo, se libertó de estos escombros. Entonces se sintió que sin ella no se podía constituir nada duradero; que á ella sola era dado realizar el gran porvenir al que la humanidad aspira invenciblemente. En la opinion de estos hombres, verdaderos mártires de la civilizacion, que dieron su vida como garantía de su fé política, la *igualdad* no era mas que un simple hecho que emanaba naturalmente de una identidad de origen y de naturaleza; la *libertad* expresaba el derecho que traemos todos con nosotros al nacer, y la fraternidad *representaba* el deber, corolario del derecho. Ahora, sí el derecho conserva en la int gridad de su ser á cada individuo tomado por separado, el deber une entre sí á los individuos que el derecho solo dejaria aislados, que aun estableceria en un estado permanente de mútua hostilidad.

En efecto, la libertad no impone ninguna abnegacion, no manda ningun sacrificio; tiene al contrario, la mirada de cada uno fija sobre sí con complacencia y con una inquieta desconfianza sobre los otros. Impotente desde luego para resolver por sí sola ninguno de los problemas del órden futuro tan impacientemente aguardado de los pueblos, es por cierto necesaria para su realizacion; pero no podria ejecutarlo por su accion propia y directa. Destruye los obstáculos que pone el egoismo á la circulacion de

la vida, y bajo este aspecto importante, se debe sin vacilar combatir y morir por ella, pero ella no es la vida, porque la vida es el amor, es la enerjía simpática que atrayendo á los individuos á la unidad, hace que se penetren, por decirlo así, y se confundan en un solo ser bajo las álas de la fraternidad. Cuando, los hombres, amándose con un amor de hermanos, se traten realmente y se ayuden como hermanos, entonces y solo entonces desaparecerán los males que pesan sobre la humanidad; entonces y solo entonces las costumbres y las leyes, concurriendo al mismo objeto, la sociedad, en lugar de ser un circo en que los intereses exclusivos luchan con furor, ofrecerá el espectáculo de una gran familia en que ninguno conocerá otro interés, que el interés de todos; entonces y solo entonces se cumplirá por sí mismo, con lo que uno está obligado á hacer ahora por la violencia. Y no será solo en el seno de cada pueblo, donde la fraternidad hecha prácticamente la ley interna del hombre y la ley exterior de la sociedad, obrará esta union tres veces santa, será aun entre los pueblos, destinados tambien á no formar un dia mas que una gran familia, la familia del género humano.

Ya las naciones cristianas, desnudándose de los pañales de la antigua barbarie en que se esfuerzan vanamente en retenerlas, llaman con todos sus votos, una legislacion fundada sobre el principio de la fraternidad humana; y los pueblos mismos comienzan en todas partes, á reconocerse por hermanos. La fuer-

za brutal, dirigida por el interés individual, se opon^e sola á este desarrollo providencial de la sociedad. Pero ¿qué puede la fuerza brutal contra los instintos del hombre, contra la naturaleza y sus leyes? Algunos insensatos que empuja y engaña un egoísmo perverso, se han dicho: "Nosotros le detendremos en este sitio de la rivera" y hélos aquí que se apresuran, que se fatigan para aprisionar el Ocaso en una muralla de arena que la primera ola de las revoluciones barre con escarnio.

No lo olvidemos, pues, cada uno de nosotros tiene un deber, un grande y sagrado deber que le está mandado cumplir, en medio de este movimiento universal de la humanidad hácia el término que debe tocar, y es procurar sin cesar realizar la fraternidad, derramándola como una efusion de vida en nuestro derredor, sobre los que lloran, que se entristecen y sufren; sobre el anciano abandonado; sobre el niño cuyos pobres miembros delicados, enflaquecidos por el hambre, tiemblan de frío en la esquina de la calle; sobre su padre, á quien falta trabajo; sobre su madre en quien todo está agotado, todo, hasta las lágrimas. Y no es solo lo superfluo de su lujo, lo que en buena conciencia el hermano debe á su hermano; no es la limosna humillante que á veces el rico desdeñoso deja caer en la mano del pobre; le debe todo lo que se deben aquellos que salidos del mismo seno, han dormido en la misma cuna, han sido alimentados por los mismos pechos; le debe, en fin, no solo los socor-

ros materiales, sino los cuidados afectuosos que curan las heridas del alma, ó apaciguan al menos sus dolores. Cuando la fraternidad esté pues en los corazones, no tardará en introducirse en las leyes: si estas son ahora tan duras, tan despiadadas, es porque el hombre mismo no tiene compasion. Las máximas de misericordia, los preceptos de humanidad vienen á morir estérilmente en su oido por llegar pasando por lábios que el egoísmo ha desecado: es preciso dilatar desde luego su propio corazon, hacerlo un santuario de amor, y el mundo se regenerará bien pronto.